

Charles Darwin evolución y vida

Carlos Alberto Marmelada



Director de la colección: Miguel Álvarez

© 2009, by Carlos Alberto Marmelada Sebastián y Editorial Casals, S.A.
Tel. 902 107 007
www.editorialcasals.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias
Fotografías: Aci, AGE-Fotostock, Aisa, Album, Firo-foto, Topfoto (Cordon Press).
Ilustraciones: Farrés Il·lustració editorial
Fotografía de la cubierta: Retrato de Charles Darwin de George Richmond (1840).
AKG-Images, Album.

Primera edición: mayo de 2009
ISBN: 978-84-218-4020-7
Depósito legal: M-10.880-2009
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito de los titulares del *copyright*.

Índice

1	La infancia en Shrewsbury	5
2	Una vocación frustrada	19
3	La estancia en Cambridge	29
4	Una carta trascendental	37
5	Los preparativos del viaje	53
6	Un viaje que cambió la biología	73
7	Brasil	83
8	Un año en Montevideo	97
9	Patagonia. La tierra de los gigantes	107
10	El golpe de estado	117
11	En Tierra del Fuego	123
12	El terremoto de Chile y las Galápagos	135
13	El regreso	145
14	Origen de la teoría de la evolución, matrimonio y traslado a Down	153
15	La polémica sobre la teoría de la evolución	161
16	Darwin y la religión	171
17	Los últimos años de Darwin	177

La infancia en Shrewsbury

Para los habitantes de Shrewsbury aquel domingo amanecía como en los días anteriores: con una niebla tan densa que apenas dejaba ver tres o cuatro pasos por delante. En el centro de la ciudad la sensación de frío aún era mayor que en los barrios de la periferia. Del río Severn venía una intensa humedad.

Para la ciudad era un domingo como otro cualquiera. Sin embargo, para los Darwin aquel 12 de febrero de 1809 iba a ser un día muy señalado. La señora Susannah Wedgwood, esposa del doctor Robert Waring Darwin, estaba a punto de dar a luz a su quinto hijo.

—Deja de dar vueltas, Bob, y haz el favor de tranquilizarte —le decía Josiah Wedgwood II a su cuñado Robert.

—No puedo, Jos.

—¡Cálmate, hombre! Tú eres médico y ya sabes cómo funciona todo esto.

—Bueno, sí... Pero no es lo mismo. Por eso me he salido del dormitorio. He visto decenas de partos, pero no es lo mismo cuando están en juego las vidas de tu esposa y tu hijo.

Los dos hombres estaban el uno frente al otro. Eran altos, muy corpulentos. Josiah asió por el hombro a Robert y, balanceando suavemente su cabeza, le dijo con un tono de voz cálido:

—Ya verás como todo irá bien. Mi hermana y su...

No pudo acabar la frase. Desde la habitación del fondo del pasillo se empezaron a oír unos chillidos muy intensos y mucho más continuos que los que se habían escuchado hasta entonces.

—¡Robert! ¡Ven, deprisa! ¡Te lo vas a perder! —exclamó una de las hermanas de Susannah.

El señor Darwin se dirigió de inmediato al aposento. Allí estaba su esposa dando a luz a un niño, cuyos primeros llantos llenaron de gozo a todos los que estaban en la estancia. Acababa de nacer Charles Robert Darwin, la persona que un día haría cambiar nuestras ideas sobre la historia de la vida.

Robert Waring estaba de pie junto a la cama. Inclinado hacia delante, tenía cogida la mano de su esposa.

—Es un niño precioso —le dijo—. Será un hombre-tón... como todos los Darwin —añadió.

Todavía cansada por el esfuerzo realizado, Susannah miró a su marido y asintió mientras iba dibujando una sonrisa.

La comadrona que había asistido el parto tenía al niño entre sus manos. Después de limpiarlo un poco se lo acercó a su padre y, mirando a la criatura, le preguntó al señor Darwin:

—¿También será médico como usted y como su padre?

—No lo sé —contestó el doctor—, pero me gustaría mucho que así fuera. Por lo que a mí se refiere, intentaré inculcarle la vocación. Luego... ¡Dios dirá!

—Y si el muchacho prefiere ser alfarero te aseguro que tampoco le irá mal la cosa —puntualizó Josiah.

Hubo risas en la habitación y, antes de que se apagaran, señaló:

—Ya ves que los Wedgwood nos hemos defendido muy bien en este campo.

El abuelo paterno de Charles era Erasmus Darwin, un prestigioso médico que llegó a rechazar la oferta del rey Jorge III de Inglaterra, quien le había solicitado sus servicios en calidad de médico personal. Robert Waring Darwin, nacido en 1766, era su tercer hijo. Uno de los grandes amigos de Erasmus era Josiah Wedgwood I, un exitoso ceramista de Maer (localidad cercana a Shrewsbury) que fue uno de los primeros en enriquecerse gracias a la revolución industrial. En 1796, un año después de la muerte del señor Wedgwood, Robert se casó con Susannah, la hija mayor del ceramista.

Después de la boda, el matrimonio Darwin-Wedgwood empezó a construir una casa en las afueras de Shrewsbury. Como estaba en lo alto de una loma, era conocida popularmente como The Mount. En 1800, la pareja se instaló en su nuevo hogar, donde irían naciendo sus hijos: Marianne, Caroline, Susan Elizabeth y Erasmus Alvey. Un año después de alumbrar a Charles, Susannah tuvo a su última hija, la pequeña Catherine.

Pasaron los años y llegó el momento de escolarizar al pequeño Darwin.

—Me gustaría que Bobby fuera a la escuela antes de que llegara el verano —le dijo decididamente la señora Darwin a su esposo.

—Me parece bien, Susannah. ¿Has pensado ya dónde podríamos llevarlo?

—Ya conoces mis creencias religiosas. Como miembro de la Comunidad Unitaria me parece que lo más adecuado para la formación de nuestro pequeño Bobby sería que fuera a la escuela del reverendo George Case.

—No tengo ninguna objeción a ello. Si te hace feliz y crees que el reverendo Case podrá educar rectamente a nuestro hijo en el conocimiento y la virtud, entonces que vaya a su escuela.

Era la primavera de 1817. El pequeño Charles tenía ocho años y había llegado el momento de que empezara sus estudios de primaria.

La vida de los Darwin transcurría de un modo idílico. Pero el 15 de julio de ese mismo año Robert Waring Darwin se vio sumido en la desesperación. Su mundo de ensueño le había sido arrebatado al perder a Susannah. Desgarrado por el dolor prohibió que se hablara de ella. Fueron tiempos duros para la familia Darwin.

—Marianne, Caroline y Susan me cuidan muy bien, pero echo mucho de menos a mamá —le confesó Charles a su hermana pequeña, mientras estaban subidos en lo alto de su árbol favorito, un viejo castaño español que había crecido en el camino que conducía desde la entrada de la finca hasta la puerta de la casa y al que ambos subían con frecuencia para poder charlar.

—Yo sueño muchas veces con ella —le respondió Emily Catherine, conteniendo las lágrimas.

—No entiendo por qué papá no nos deja hablar de ella —se preguntó Charles.

Su hermana pequeña, a la que Darwin estaba muy apegado, no pudo evitar que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Emocionado, Darwin decidió distraerla con algo.

—Fíjate en aquel nido, el que está en la copa de ese árbol. Venga, Katty... vamos a ver qué hay en él.

La afición de Darwin por la historia natural y su afán por el coleccionismo arranca de esta época. Daba igual si se trataba de plantas, insectos o minerales, o si lo que se tenía que coleccionar eran monedas o sellos. Lo importante era hacer colecciones. De todos modos, en esta época lo que más le gustaba coleccionar eran huevos; teniendo siempre la prudencia de no coger más de uno por nido.

Como todo niño, a Darwin le gustaba mucho fantasear e inventar historias. Una de sus favoritas era alardear de su habilidad para producir flores con pétalos de colores anormales, que conseguía a base de regarlas con líquidos a los que añadía sustancias químicas y que producían esa alteración. Sus amigos se quedaban fascinados, y despertaba en ellos una profunda admiración por sus habilidades.

Pese a esta capacidad de imaginar, Darwin era un niño muy ingenuo. Un día un amigo suyo llamado Garnett lo llevó a una pastelería y compró unos pasteles sin pagar. Al salir, Darwin le preguntó:

—¿Cómo es que te has llevado los pasteles sin pagarlos?

A lo que Garnett contestó:

—¿Qué? ¿De verdad que no sabes que mi tío era un filántropo que dejó una gran suma de dinero para invertir en el bienestar de la ciudad a condición de que todo comerciante diera gratis lo que quisiera a quien llevara su viejo

sombrero y lo moviera de una forma determinada? Mira, si lo mueves así te darán gratis todo lo que pidas. —Entonces el muchacho empezó a agitar el sombrero por encima de su cabeza con unos movimientos mecánicos y repetitivos.

Darwin lo contemplaba atónito.

—¿No me crees? —insistió Garnett—. Pues ven, acompáñame a aquella tienda.

Al entrar, el muchacho saludó al tendero y le pidió algo de poco valor mientras agitaba el sombrero tal como le había enseñado a Darwin. El tendero se lo dio y ambos salieron despidiéndose educadamente.

—¿Lo ves? —dijo Garnett.

—Es cierto —repuso Darwin.

—Si quieres te puedo dejar mi sombrero para que vayas a aquella tienda de allí y te puedas llevar lo que más te guste sin necesidad de pagarlo; siempre y cuando muevas adecuadamente el sombrero sobre tu cabeza.

Darwin entró en la tienda y, tras saludar al tendero, pidió unos pasteles moviendo el sombrero. Cuando el dependiente se los dio, se despidió y se marchó. El tendero salió furioso tras él al mismo tiempo que le dedicaba unos buenos improperios. El muchacho se asustó y echó a correr después de haber arrojado los pasteles al suelo. Entretanto su amigo lo esperaba en una esquina riendo a carcajadas.

—No lo entiendo, ¿qué sucede? —le dijo Darwin—. ¿Por qué se ha enfurecido tanto? ¿Por qué me ha dicho todo eso?

—¿De veras que aún no lo entiendes? Pues que no pago en algunas tiendas porque le fían a mi padre y no porque mueva un viejo sombrero...

En 1818 Darwin tuvo que cambiar de escuela.

—Reverendo, usted conoce las circunstancias tan tristes y complicadas por las que estamos pasando mi familia y yo —le comentó el señor Darwin al reverendo Case.

—En efecto, doctor Darwin. Susannah era una buena esposa y una madre excelente. En la parroquia nos ayudaba mucho. También nosotros la echamos en falta.

—De eso mismo quería hablarle. Ya sabe que mis hijas mayores se encargan de cuidar a Charles, pero ellas también han de llevar la casa adelante, por no mencionar la atención que han de dedicar a la pequeña Catherine.

—Cierto; las muchachas están asumiendo unas responsabilidades que les llegan antes de tiempo.

—Bien, lo que quería decirle es que he llegado a la conclusión de que lo mejor para todos es que Charles pase a una escuela en la que pueda permanecer interno. Esto aliviaría la carga que me he visto obligado a imponer a mis hijas.

—Entiendo que las circunstancias le obliguen a llevarse a Charles de nuestra institución.

—Además, pienso que un internado también sería bueno para mi hijo para ver si eso podría ayudarle a mejorar académicamente. Me preocupa mucho su futuro. Quisiera que fuera médico y, la verdad, en estos momentos no lo veo muy espabilado en lo que a las tareas de la escuela se refiere.

—En este sentido lamento tener que decirle que su hijo Charles tiene más dificultades para aprender que su propia hermana menor; de modo que quizás sea mejor lo que usted propone. Lo cierto es que el chico parece ser un poco más... lento que ella. Usted ya me entiende.

—Razón de más para tomar esta decisión.

—Por cierto, señor Darwin... ¿Sería mucha indiscreción preguntarle a qué escuela piensa mandar al muchacho?

—En absoluto. Bobby irá a la escuela del doctor Butler.

Se trataba de un internado muy próximo a la casa de los Darwin. El pequeño Charles permaneció allí durante siete años. Como estaba a poco más de un kilómetro y medio de The Mount algunas veces aprovechaba el recreo del mediodía para ir a ver a sus hermanas. Si apuraba mucho el tiempo luego tenía que volver a la carrera para que no detectaran su ausencia al pasar revista.

En una de esas escapadas, su hermana Caroline le preguntó si le gustaba la escuela.

—La verdad es que no —respondió Charles con una sinceridad rotunda.

—¿Qué es lo que hacéis allí?

—Perder el tiempo. Eso es lo que hacemos.

—¿Pero qué dices, Bobby? No seas exagerado —repuso en tono medio escéptico medio recriminatorio su hermana Susan.

—Os lo digo en serio. Mirad, llevo tres años en esta escuela y no he aprendido casi nada, sólo un poco de historia antigua (ya sabéis: griegos, romanos, cartagineses...), un poco de geografía y, sobre todo, he memorizado fragmentos de poemas de Horacio. Esto último le encanta al señor Butler, pero os aseguro que es algo totalmente inútil.

—¿Por qué? —inquirió Caroline.

—Pues porque al día siguiente ya no te acuerdas de casi nada.

Durante toda su vida, Darwin guardó un mal recuerdo de la escuela del doctor Butler. Siendo ya muy mayor, dijo de ella que no podía haber existido nada peor para el desarrollo de su inteligencia, ya que empleaban unos métodos educativos sencillamente inútiles.

Durante aquellos años le gustaba dar largos paseos en solitario. En uno de ellos, mientras iba totalmente absorto en sus pensamientos, se cayó dentro de una zanja que había al lado del camino. La soledad de estos paseos no significa que fuera un niño taciturno, sino que le gustaba tener sus ratos de intimidad.

Darwin continuaba sin destacar en los estudios, más bien era normal, si es que no estaba un poco por debajo de la media. Pero a su favor jugaba el hecho de mostrar una gran motivación por todo aquello que le interesaba y una gran curiosidad por las materias complejas. Su afición por los viajes alrededor del mundo, algo que podría realizar años más tarde cuando embarcó en el *Beagle*, se remonta a estas fechas.

En una ocasión, uno de sus amigos le enseñó un libro que le gustó mucho y que, de alguna manera, le marcó para toda la vida.

—Charles, mira qué libro tengo. Se titula *Las maravillas del mundo*.

—¿Me lo dejas ver?

—Claro. Si quieres te lo puedes quedar unos días. Ya me lo devolverás la próxima semana.

La lectura detenida de este libro, junto con la atenta observación de las ilustraciones y los grabados, le despertaron un ansia irrefrenable por viajar hasta países remotos.

No sabía cuándo, pero tenía la certeza de que tarde o temprano viajaría mucho.

—Cuando sea mayor me dedicaré a viajar. Quiero ir a muchos de los lugares que he visto aquí —le dijo a su amigo mientras le devolvía el libro.

—Yo también lo haré, Charles. Si quieres podemos viajar juntos.

—Las pirámides de Egipto, el templo de Artemisa, el Coliseo de Roma, el Partenón, hay tantas y tantas maravillas repartidas por todo el mundo. Te aseguro que visitaré muchas de ellas. Y, sobre todo, quiero ir a lugares exóticos.

Aún habrían de pasar unos cuantos años, pero Charles acabaría cumpliendo una buena parte de sus sueños.

Lo que sí pudo satisfacer de forma inmediata fue su pasión por la caza. Sentía por ella una auténtica devoción. Era una obsesión casi patológica. Le disparaba a todo lo que se movía, especialmente a las aves. Fueron sus hermanas las que le inculcaron un cierto sentimiento de compasión por ellas, lo que se tradujo en una moderación en la voracidad que sentía el joven Darwin por la caza.

—¿Por qué matas tantos pájaros, Bobby? ¿Qué haces con ellos? —le interpeló Marianne.

—Pues no lo sé... Lo cierto es que me gusta disparar. Me emociona mucho darle a un ave en pleno vuelo —contestó su hermano.

—Si continuas cazando indiscriminadamente, dentro de muy poco no tendrás nada a qué disparar —sentenció Caroline en un tono un tanto enojado.

—Bueno, yo... —pero no pudo seguir, porque Susan lo interrumpió.

—Es absurdo que mates tantos pájaros sin necesidad. Por lo menos deberías llevar la cuenta de las piezas que te cobras.

—Eso es —prosiguió Catherine—. Si no pasas de ciertos límites podrás disfrutar mucho tiempo de tu afición por la caza.

—Tenéis razón. Vuestros consejos son muy inteligentes. Los cazadores debemos ser comedidos para poder gozar muchos años de nuestra afición preferida.

En una ocasión su padre llegó a decirle unas palabras muy duras en relación a todo esto. Darwin estaba tumbado en el jardín de su casa viendo, con una profunda admiración, cómo tejía su tela una araña. Sin duda su padre pensó que estaba holgazaneando y le dijo:

—¡Desde luego! No te gusta más que la caza, los perros y coger ratas. Así únicamente vas a ser una desgracia para ti y para toda tu familia.

Darwin pensó para sus adentros.

—Seguro que viene enfadado por algún otro motivo y lo está pagando conmigo.

Pese al dolor que le causaron estas palabras y el recuerdo amargo que siempre le dejaron, por estimarlas excesivas e injustas, Darwin veneraba la figura de su padre, por quien sentía un gran amor, y lo consideraba el hombre más cariñoso del mundo.

Al final de su etapa escolar en Shrewsbury tuvo sus primeras experiencias con la química. Su hermano Erasmus había montado un laboratorio en la caseta donde se guardaban las herramientas del jardín y Charles se había convertido en su ayudante. Ambos se quedaban haciendo experimentos

hasta bien entrada la noche. Obtenían todo tipo de gases y muchos compuestos químicos distintos. Esta afición se filtró y en la escuela decidieron ponerle un mote: Gas. Así que no era inusual oír a un grupo de alumnos decir:

—Mirad quién está ahí sentado junto al muro.

—¿Qué estás leyendo, Gas? —preguntó uno de ellos.

—El *Catecismo de la química*, de Henry y Parkes —contestó tímidamente Darwin.

El doctor Butler consideraba que esta afición del joven Darwin por la química era una inútil pérdida de tiempo.

—Póngase en pie, señor Charles Robert Darwin... ¿o acaso prefiere que le llamemos... Gas? —dijo un día en tono jocoso.

Darwin se levantó un tanto atemorizado y esperó las siguientes palabras de su profesor convencido de que no iban a ser muy amigables.

—He oído decir que pierde habitualmente el tiempo en materias inútiles... señor Gas. ¿Acaso cree usted que la ciencia es para caballeros nobles? Pues sepa que no es así.

Ante el silencio de Darwin, el profesor preguntó, un tanto nervioso:

—¿Es que no tiene nada que decir?

—No, señor —repuso Darwin.

—¡No sea insolente, muchacho! Mañana recitará doscientas líneas de Horacio.

Darwin intentó cumplir el castigo, pero le resultó imposible.

Lo cierto era que el señor Robert Waring veía que resultaba realmente infructuoso para su hijo continuar en aquella escuela.

—Charles, creo que no merece la pena que sigas en la escuela. En mi opinión te resultaría de mayor provecho que fueras ya a la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo y que empezaras tus estudios lo antes posible para llegar a ser un buen médico.

—Pero padre... ¿no soy demasiado joven?

—La edad no importa, hijo. Lo que realmente cuenta es tu interés y dedicación. Si te aplicas podrás seguir el ritmo normal de las clases. Además, irás acompañado de tu hermano; él ya es universitario y te podrá ayudar a adaptarte.

Fue así como, sin demasiada convicción pero con la docilidad de un buen hijo, Charles Darwin se dirigió a Edimburgo para intentar seguir los pasos de su padre y su abuelo Erasmus.